MUERTE A CRÉDITO

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

MUERTE A CRÉDITO

edhasa

Consulte nuestra página web: https://www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Mort à crédit*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Imagen de la cubierta: istockphoto

Primera edición: noviembre de 2026

© Éditions Gallimard, París, 1952
© de la traducción: Carlos Manzano, 1987; revisada, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1187-7

Impreso en Gómez Aparicio S. L.

Dep.Leg.: B 18937-2026

Impreso en España

«¡Vestíos! ¡Pantalones!
Casi siempre cortos, a veces largos.
Después, ¡chaqueta holgada!
¡Chaleco, camisa y gorra grande!
¡Zapatos que por mar darían
la vuelta al mundo…!»,

Canción carcelaria

Aquí estamos solos otra vez. Es todo tan lento, tan pesado, tan triste… Pronto seré viejo. Y por fin se habrá acabado. Ha venido tanta gente a mi habitación. Han hablado. No me han dicho gran cosa. Se han ido. Se han vuelto viejos, miserables y lentos, cada cual en un rincón del mundo.

Ayer a las ocho murió la señora Bérenge, la portera. Una gran tormenta se eleva en la noche. Aquí, en lo alto, donde estamos, la casa tiembla. Era buena amiga, amable y fiel. Mañana la entierran en la rue des Saules. Era vieja de verdad, al final de la vejez. Desde el primer día, cuando empezó a toser, le dije: «¡Sobre todo no se tumbe! ¡Quédese sentada en la cama!». Me lo temía. Y después ya veis… Luego en fin…

Yo no he practicado siempre la medicina, mierda de oficio, Voy a escribirles que ha muerto la señora Bérenge, a los que me conocen, a quienes la conocieron, ¿Dónde estarán?…

Me gustaría que la tormenta levantara mucho más estruendo, que los techos se desplomasen, que la primavera no volviese nunca, que nuestra casa desapareciera.

Lo sabía, la señora Bérenge, que todas las penas vienen en las cartas. Ya no sé a quién escribir. Toda esa gente está lejos… Han cambiado de alma para traicionar mejor, olvidar mejor, hablar siempre de otra cosa…

Pobre señora Bérenge, pobre vieja, su perro bizco, lo cogerán, se lo llevarán…

Toda la pena de las cartas, pronto hará veinte años, se ha acabado en su casa. Está ahí, en el olor de la muerte reciente, ese increíble

gusto agrio… Acaba de aparecer… Anda por ahí… Merodeando… Ahora nos conoce, lo conocemos. Ya no se irá nunca más. Hay que apagar el fuego en el chiscón. ¿A quién voy a escribir? Ya no tengo a nadie. No queda ni un alma para acoger con cariño el amable espíritu de los muertos…, para después hablar más suave a las cosas… ¡Ánimo, tú solo!

Al final, mi vieja portera es que no ya podía decir nada. Se asfixiaba, no me soltaba la mano… Entró el cartero. La vio morir. Un gemido de nada. Se acabó. Mucha gente había venido en tiempos a preguntarle por mí. Se marcharon lejos, muy lejos en el olvido, en busca de un alma. El cartero se quitó la gorra. Yo podría expresar todo mi odio. Lo sé. Ya lo haré más adelante, si no vuelven. Prefiero contar historias. Voy a contar tales historias, que volverán a propósito, para matarme, desde todos los confines del mundo. Entonces todo habrá terminado y me alegraré.

★ ★ ★

En la clínica en la que trabajo, la Fundación Linuty, me han llamado ya la atención mil veces por las historias que cuento… Mi primo Gustin Sabayot lo ve clarísimo: debería cambiar sin falta de actitud. Es médico él también, pero del otro lado del Sena, en La Chapelle-Jonction. Ayer no tuve tiempo de ir a verlo. Quería hablarle precisamente de la señora Bérenge. Demasiado tarde. Es duro, este oficio nuestro, la consulta. También él por la noche está reventado. Casi toda la gente hace preguntas cargantes. De nada sirve darse prisa, hay que repetirles veinte veces todos los detalles de la receta. Les gusta hacerte hablar, agotarte… No cumplirán los consejos, ni mucho menos. Pero temen que no te tomes interés, insisten para asegurarse; o sea, ventosas, radiografías, análisis… Que los sobes de pies a cabeza… Que les midas todo… La presión arterial y la gilipollez… Gustin, en la Jonction, hace treinta años que ejerce, A los míos, ahora que pienso, los andobas esos, voy a enviarlos una mañana a La Villette, a que beban sangre caliente. Así se quedarán rilados para todo el día. No sé qué podría hacer para aburrirlos…

Por fin, anteayer, estaba decidido a ir a verlo, a Gustin, a su casa. Queda a veinte minutos de la mía, pasado el Sena. No hacía bueno precisamente. De todos modos, me animé. Voy a coger el autobús, me dije. Corrí a acabar la consulta. Me escabullí por el pasillo de las curas. Una tía me ve y va y se me pega. Arrastraba las palabras, como yo, del cansancio. Ronca, además, del alcohol. Con que se pone a lloriquear, quería llevarme a su casa. «Venga, doctor, ¡se lo suplico! ¡Mi hijita, mi Alice! ¡Es en la rue Rancienne! ¡A dos pasos…!». No estaba obligado a ir. En principio, ¡ya la había acabado, mi consulta!… Se obstinaba… Ya estábamos fuera… Estaba hasta las narices de los enfermos… Treinta de esos pelmas nada menos llevaba ya un tiempo remendando… No podía más… ¡Que tosieran! ¡Escupiesen! ¡Reventaran! ¡Se descuajaringasen! ¡Salieran volando con treinta mil gases en el culo…! ¡A mí, plin…! Pero la llorona se me apalancó, se me colgó del cuello con avaricia, me susurró su desesperación. Apestaba a «alpiste»… Yo no tenía fuerzas para luchar. Ésa no iba a separarse más de mí. Cuando estuviéramos en la rue des Casses, que es larga y no tiene ni un farol, tal vez le endiñase un patadón en el bul… No tuve valor… Me achanté… Y vuelta a empezar, la misma canción… «¡Mi hijita! ¡Se lo suplico, doctor…! ¡Mi Alice…! ¿La conoce usted…?». La rue Rancienne no quedaba tan cerca… Me obligaba a dar un rodeo… La conocía. Después de las fábricas de cables… La escuchaba por entre la alucinación… «Sólo disponemos de ochenta y dos francos a la semana…, ¡con dos hijos! Y, encima, ¡mi marido es muy bruto conmigo…! ¡Es una vergüenza, señor doctor…!».

Eran puras trolas, de sobra lo sabía yo. Despedía un tufo a podrido, el hálito de las pituitas…

Habíamos llegado frente a la casa…

Subí. Me senté por fin… La chiquilla llevaba gafas.

Me senté junto a su cama. Jugaba aún un poco, de todos modos, con la muñeca. Me puse a divertirla, a mi vez. Soy gracioso, cuando me pongo… No se moría, el churumbel… No respiraba bien… La congestión, claro… La hice reír. Se tronchaba. Tranquilicé a la madre. Aprovechó, la muy puta, que me tenía apalancado en su casa, para consultarme, a su vez, sobre las marcas de las hostias; es que tenía las

piernas llenas. Se alzó las faldas, unos cardenales tremendos e incluso quemaduras profundas. Con el atizador se las hacía. Ya veis cómo era el marido, parado él. Le receté un remedio… Con un cordón monté un columpio muy gracioso para la triste muñeca… Subía y bajaba, hasta el picaporte de la puerta… Mejor eso que hablar.

La ausculté, lanzaba muchos pitidos, pero, en fin, no era fatal… Volví a tranquilizarla. Repetí dos veces las mismas palabras. Eso es lo que te deja rilado… Ahora la chiquitina se tronchaba… Volvía a asfixiarse. Tuve que interrumpir. Se ponía cianótica… ¿No tendría algo de difteria? Había que ver… ¿Un frotis?… ¡Mañana!…

Llegó el papá. Con sus ochenta y dos francos no tenía ni para vino, sólo podían pimplar sidra. «Yo bebo en tazón. ¡Hace mear!», me anunció enseguida. Bebió de la botella. Me enseñó… Nos congratulamos de que no estuviera grave, la monina. A mí lo que me interesaba era la muñeca… Estaba demasiado cansado como para ocuparme de los adultos y los pronósticos. ¡Son el peor coñazo, los adultos! No iba a atender ni a uno más hasta mañana.

Me la traía floja que no me consideraran serio. Volvía a beber a su salud. Mi intervención era gratuita, absolutamente suplementaria. La madre otra vez con los muslos a vueltas. Le recomendé un remedio superior y después bajé la escalera. En la acera, mira por dónde, un perrito que cojeaba. Me siguió sin que le dijese nada. Todos se me enganchaban esa noche. Era un fox pequeño, ese perro, negro y blanco. Estaba perdido, me pareció. Qué ingratos, esos de ahí arriba, el parado y su mujer. Ni siquiera me acompañaron hasta la puerta. Estaba seguro de que habrían vuelto a pegarse. Los oía dar voces. ¡Pues que le metiera el tizón entero por el jebe! ¡Así aprendería, esa cochina! ¡A fastidiarme!

Torcí a la izquierda… Hacia Colombes, pues. El perrito me seguía aún… Después de Asnières, venía la Jonction y luego la casa de mi primo. Pero el perrito cojeaba mucho. Me miraba. No podía resistir verlo arrastrándose por ahí. Más valía volver a casa, a fin de cuentas. Volvimos por el Pont Bineux y después bordeando las fábricas. No estaba cerrado aún el dispensario, al llegar… Le dije a la señora Hortense: «Hay que dar de comer al chiquitín. Alguien tiene que ir a bus-

car carne… Mañana a primera hora telefonearemos… Vendrán de la «Protectora» a buscarlo con un coche. Esta noche habría que encerrarlo». Así me marché tranquilo. Pero era un perro demasiado temeroso. Había recibido golpes demasiado duros. La calle tiene mala leche. Al día siguiente, al abrir la ventana, no quiso esperar siquiera, saltó al exterior, tenía miedo también de nosotros. Creía que lo habíamos castigado. Ya no comprendía nada de lo que pasaba. Ya no tenía la menor confianza. En casos así, es terrible.

Gustin me conoce bien. Cuando no ha bebido, da consejos excelentes. Es experto en lindezas de estilo. Se puede uno fiar de sus opiniones. No es pero que nada envidioso. Ya no pide gran cosa al mundo. Tiene una antigua pena de amor. No quiere olvidarla. Muy raras veces habla de ella. Era una mujer casquivana. Gustin tiene un corazón de oro. No va a cambiar antes de morir.

Entre tanto, bebe un poco…

A mí lo que me atormenta es el sueño. Si hubiera dormido siempre bien, no habría escrito una línea…

«Podrías», me decía Gustin, «contar cosas agradables de vez en cuando… No todo es negro en la vida…». En cierto sentido, no deja de ser verdad. Hay manía en mi caso, parcialidad. La prueba es que en la época en que me zumbaban los dos oídos, y mucho más que ahora, que tenía fiebre a todas horas, estaba mucho menos melancólico… Me marcaba unos sueños muy bonitos… La señora Vitruve, mi secretaria, me lo comentaba también. Bien que conocía ella mis tormentos. Cuando eres tan generoso, dispersas tus tesoros, los pierdes de vista… Entonces me dije: «Ese bicho de la Vitruve, ella es la que los ha escondido en algún lado». Auténticas maravillas… retazos de leyenda… éxtasis puro… A ese género me voy a lanzar en adelante… Para asegurarme, revolví mis papeles… No encontré nada… Telefoneé a Delumelle, mi agente, quería crearme un enemigo mortal… Quería que rabiase ante los insultos… ¡Hace falta la tira de ellos para cabrearlo…! ¡Se la suda! Tiene millones. Me respondió que me tomara unas vacaciones… Llegó por fin, mi Vitruve… Yo no me fiaba de ella. Tenía razones muy poderosas. «¿Dónde has puesto mi hermosa obra?», voy y le suelto así, de buenas a primeras. Tenía al menos centenares de razones para sospechar de ella..

La Fundación Linuty estaba delante de la bola de bronce, en la Porte Pereire. Allí iba a hacerme las copias, casi todos los días, cuando yo había acabado con mis enfermos. Un pequeño edificio provisional, que después demolieron. No me encontraba a gusto allí. Las horas eran demasiado monótonas. Linuty, su fundador, era un multimillonario; quería que todo el mundo recibiera asistencia y se encontrase mejor gratis. Son un coñazo, los filántropos. Por mi parte, yo habría preferido un empleíllo municipal… Vacunaciones discretas… Un apañito para expedir certificados… Una casa de baños, incluso… Como un retiro, en una palabra. Ojalá. Pero no soy judío, meteco ni masón, ni he estudiado en la École Normale, no sé hacerme valer, follo demasiado, no tengo buena fama… En los quince años que llevo aquí, en el arrabal, hasta las ruinas más decrépitas que me ven trampeando han acabado perdiéndome el respeto y despreciándome, y menos mal que no me han dado el lique. La literatura compensa. No puedo quejarme. La tía Vitruve me pasa a máquina las novelas. Me tiene cariño. «Mira», voy y le digo, «tía pureta, ¡es la última vez que te doy bronca! Si no encuentras mi Leyenda, ya puedes despedirte, se acabó nuestra amistad. ¡Adiós a la colaboración confiada! ¡Se acabó el tracatrá! ¡Y la priva! ¡Nada de nada…!».

Entonces se deshace en lloriqueos. Es fea con avaricia, Vitruve, en persona y en el trabajo. Es una verdadera cruz. La arrastro desde Inglaterra. Consecuencia de una promesa. No es que acabemos de conocernos, no. Fue su hija Angèle, en Londres, quien me hizo jurar en tiempos que la ayudaría siempre. Ya lo creo que la he ayudado. He cumplido mi promesa a Angèle. Eso data de la guerra, y, además, que sabe la tira de cosas. En fin. No es charlatana, en principio, pero se acuerda… Angèle, su hija, era mujer de temperamento. Resulta increíble lo fea que se puede volver una madre. Angèle tuvo un fin trágico. Ya lo contaré todo, si no queda más remedio. Angèle tenía otra hermana, Sophie, una idiota, en Londres, establecida allí, y Mireille aquí, la sobrinita, cojea del mismo pie que las otras, un verdadero bicho, una síntesis.

Cuando me mudé de Rancy y vine a la Porte Pereire, me acompañaron las dos. Ha cambiado Rancy, no queda casi nada de la mu-

ralla ni del bastión. Grandes ruinas negras y agrietadas, las arrancan del blando terraplén, como raigones. Acabarán con todo, la ciudad se come sus viejas encías. El «P. Q. Bis» pasa ahora por las ruinas, en tromba. Pronto no habrá por todos lados sino semirrascacielos de barro cocido. Veremos. La Vitruve y yo siempre estábamos discutiendo sobre las miserias. Decía siempre que ella había sufrido más. Imposible. En cuanto a arrugas, seguro que sí, ¡tiene muchas más que yo! Una cantidad de arrugas infinita, el encaje infecto de los años dorados en la carne. «¡Debió de ser Mireille la que guardó esas páginas!».

Salí con ella, la acompañé, al Quai des Minimes. Viven juntas, cerca de la fábrica de chocolate Bitronnelle, en el llamado Hôtel Méridien.

Su habitación es una leonera increíble, un amasijo de perifollos, sobre todo lencería, pero de lo más frágil, de lo más módico en precio.

La señora Vitruve y su sobrina se pirran por el asunto, las dos. Tres inyectores tienen, además de una cocina completa y un bidé de caucho. Todo eso colocado entre las dos camas y un gran vaporizador que nunca han sabido poner en marcha. No quiero poner verde a la Vitruve. Acaso haya tenido más sinsabores que yo en la vida. Eso es lo que me calma siempre. Si no, de estar seguro, le daría unas zurras de aúpa. En el fondo de la chimenea guardaba la Remington, que no había acabado de pagar… Así decía. No le pago demasiado por las páginas, cierto es, por ahora… Sesenta y cinco céntimos cada una, pero al final sube lo suyo de todos modos… Sobre todo con las obras extensas.

En cuanto a bizquera, la Vitruve, en mi vida he visto cosa igual, Daba angustia mirarla.

Con las cartas, los tarots, quiero decir, le daba prestigio, esa tremenda bizquera. Facilitaba a las clientas medias de seda… El porvenir también a crédito. Cuando era presa entonces de la incertidumbre y se sumía en la reflexión, detrás de sus cristales, viajaba con la mirada como auténtica langosta.

Sobre todo desde que empezó a «echarlas», fue ganando influencia en los alrededores. Conocía a todos los cornudos. Me los señalaba por la ventana, y hasta a los tres asesinos: «¡Tengo las pruebas!». Además, le regalé, para la presión arterial, un viejo aparato Laubry y le

enseñé un masaje sencillo para las varices. Con eso engrosaba sus ingresillos. Su ambición eran los abortos o incluso pringarse en una revolución sangrienta, que hablasen de ella por todos lados, que se propagara por los periódicos.

Cuando la veía revolver en los rincones de su leonera, nunca podría describir con creces lo que me repugnaba. Por todo el mundo hay camiones que a cada minuto atropellan a gente simpática… La tía Vitruve, en cambio, olía a peste. Suele darse en las pelirrojas. Tienen, me parece, las bermejas, el destino de los animales, brutal, trágico, lo llevan en el pelo. Me daban unas ganas de derribarla de una hostia, cuando la oía hablar fuerte, contar recuerdos… Pese a su furor uterino, le resultaba difícil encontrar amor suficiente. ¡A no ser que el tipo estuviera borracho! Y que, además, fuese noche muy cerrada, ¡no tenía la menor posibilidad! En eso la compadecía. Yo estaba más adelantado por el camino de las bellas armonías. A ella no le parecía justo eso tampoco. Llegado el día, ¡la muerte no iba a poder quitarme lo bailado!… Era un rentista de estética. Había probado mucha almeja y rica…, debo confesarlo, auténtica luz. Había jalado del infinito.

Ella no tenía economías, como se comprenderá, no hace falta decirlo. Para mojar y gozar, además, tenía que pillar al cliente por fatiga o por sorpresa. Un infierno.

A partir de las siete, en principio, los currantes están en casa. La mujer está lavando los platos y el andoba se queda embobado con las ondas de radio. Entonces la Vitruve abandona mi bonita novela para salir en busca de su subsistencia. Rellano tras rellano patea con sus medias un poco raídas, sus jerséis de pobretona. Antes de la crisis aún podía defenderse con el crédito y la forma de atontar a sus cabritos, pero ahora género idéntico al suyo es el que dan de consuelo a los que protestan tras perder en el triles. Ya no es competencia leal. Intenté explicarle que todo eso era culpa de los japoneses… No me creía. La acusé de descomponer a propósito mi bonita Leyenda entre su basura…

«¡Es una obra maestra! –añadí–. Conque, ¡seguro que la recuperaremos…!».

Se desternilló de risa… Hurgamos juntos en el montón de la morralla.

Llegó la sobrina, por fin, con mucho retraso. ¡Había que ver aquellas caderas! Un auténtico escándalo esa mujer… La falda muy tableada… Para que diera la nota bien. El acordeón del bul. Nada se escapaba. Los parados están salidos, sin solución, no tienen ni chavo para invitar… Se tiraban faroles. «¡Estás para hacerte un favor!», le soltaban… en sus narices. Al aparecer por los pasillos, hartos de empalmarse en balde. Los chorbos de rasgos más finos que los otros lo tienen más fácil para mojar, dejarse querer en la vida. ¡Hasta más adelante no empezó a bajar a hacer la carrera…! Después de muchas calamidades… De momento, se divertía…

Tampoco ella encontró mi bonita Leyenda. La traía sin cuidado el «rey Krogold»… Sólo a mí me preocupaba eso. Para ella, la escuela de libertad era el Petit Panier, un poco antes del ferrocarril, el baile de la Porte Brancion.

No me quitaban los ojos de encima, cuando me irritaba. En su opinión, ¡a «pobre tío» no me ganaba nadie! Pajillero, tímido, intelectual y demás, pero ahora, para mi sorpresa, tenían canguis de que me largase. Si hubiera ahuecado el ala, no sé cómo se las habrían arreglado. La tía pensaba en eso a menudo, no me cabe duda. En cuanto hablaba un poco de viajes, me lanzaban unas sonrisas, que me parecían de espanto…

La Mireille, además del culo imponente, tenía ojos románticos, mirada seductora, pero una nariz monumental, napia con avaricia, su auténtica penitencia. Cuando yo quería humillarla un poco: «Fuera de bromas, Mireille –le decía–. ¡Tienes lo que se dice nariz de hombre…!». Sabía también contar historias muy hermosas, le gustaba más que a un marino. Inventó mil cuentos para agradarme primero y después para perjudicarme. Mi debilidad es escuchar las historias interesantes. Abusaba, sencillamente. Nuestras relaciones acabaron con violencia, pero se la había merecido mil veces, la bronca, e incluso que la caneara bien. Al final, lo reconoció. Yo era generoso de verdad… ¡La castigué con razón! Todo el mundo lo dijo… Gente que sabe…

★ ★ ★

No es que yo quiera denigrar a Gustin Sabayot, pero puedo repetir, de todos modos, que no se quedaba calvo con los diagnósticos. Con las nubes se orientaba.

Al salir de su casa, lo primero, miraba bien arriba: «Ferdinand», me decía, «¡hoy van a ser sin duda reumatismos! ¿Qué te apuestas?». Lo leía en el cielo. Nunca se equivocaba demasiado, ya que conocía a fondo la temperatura y los diversos temperamentos.

«¡Ah! ¡Una ola de calor después del frío! ¡Fíjate bien! El calomelanos, ¡ya puedes estar seguro! ¡Se respira ictericia en el aire! El viento ha cambiado… ¡De norte a oeste! ¡Del frío a los chubascos…! ¡Bronquitis durante quince días! ¡No vale la pena siquiera que se despeloten!… Si de mí dependiese, ¡les daría las recetas desde la cama…! En el fondo, Ferdinand, en cuanto llegan, ¡ya está la cháchara! Para los que tienen consulta privada, aún se explica…, pero ¿nosotros…, que tenemos un sueldo?… ¿A qué viene? ¡Yo los trataría sin verlos, tú fíjate, a los chorras esos! ¡Desde aquí mismo! ¡No se asfixiarían ni más ni menos! No vomitarían más, no se pondrían menos amarillos, ni menos rojos, ni menos pálidos, ni menos gilipollas… ¡Es la vida…!». Tenía lo que se dice razón, Gustin, más que un santo.

«¿Te crees tú que están enfermos…? Venga a gemir… eructar… temblar… supurar… ¿Quieres vaciar la sala de espera? ¿Al instante? ¿Incluso de quienes se ahogan de tanto carraspear y echar lapos…? ¡Propón un vinito! ¡Una copa gratis ahí enfrente! Vas a ver cuántos te quedan… Vienen a darte el coñazo sobre todo porque se aburren. Las vísperas de fiesta no ves ni a uno… A esos desgraciados, créeme, lo que les falta es ocupación, no salud… Lo que quieren es que los distraigas, animes, intrigues con sus eructos… gases… achaques… Que les encuentres explicaciones… fiebres… gorgoteos… ¡novedades!… Que te enrolles…, te tomes interés… Para eso tienes los diplomas… ¡Ah! Divertirse con su muerte mientras la fabrica, ¡así es el hombre, Ferdinand! Guardarán sus purgaciones, su sífilis, todos sus tubérculos. ¡Los necesitan! Y la vejiga que no cesa de chorrear, el recto ardiendo, ¡nada de eso tiene importancia! Pero si te desvives, si sabes interesarles, te esperarán para morir, ¡ésa es tu recompensa! Te jorobarán hasta el último momento». Cuando la lluvia volvía de pronto entre las chimeneas de la central

eléctrica: «¡Ferdinand! –me anunciaba–. ¡Ahora los de la ciática! Si no vienen diez hoy, ¡ya puedo devolver mi papela al decano!». Pero, cuando el hollín volvía hacia nosotros desde el este, que es el lado más seco, por encima de los hornos de la Bitronnelle, se aplastaba una mota de hollín en la nariz: «¡Que me den por culo, ¿me oyes?, si esta misma noche no escupen sus coágulos los pleuréticos! ¡Me cago en Dios! ¡Otra noche que me van a despertar veinte veces…!».

Había días en que lo simplificaba todo. Se subía al taburete delante del enorme armario de las muestras y empezaba la distribución directa, gratuita y sin solemnidad de la farmacia…

«¿Tiene palpitaciones, eh, fideo?», preguntaba a la desgraciada. «¡No…!». «¿Tiene acidez…? ¿Y hemorragias…?». «¡Sí! Un poquito…». «Entonces póngase esto donde usted sabe…, en dos litros de agua… ¡Le sentará muy bien! ¿Y las articulaciones? ¿Le duelen…? ¿No tiene hemorroides? Y de vientre, ¿cómo andamos…? ¡Aquí tiene supositorios Pepet! ¿Lombrices también? ¿Ha notado…? Mire, veinticinco gotas mágicas… ¡Al acostarse!».

Ofrecía todos sus anaqueles… Había para todos los trastornos, todas las diátesis y manías… Un enfermo es de una codicia terrible. En cuanto puede echarse una porquería al coleto, está encantado, se da el piro tan contento, temeroso de que lo vuelvas a llamar.

Gracias a los regalos, vi, yo, a Gustin, reducir a diez minutos consultas que habrían durado por lo menos dos horas, celebradas con detenimiento, pero yo no tenía nada que aprender sobre el modo de abreviar. Tenía mi sistema propio.

Quería hablarle de mi Leyenda. Habían encontrado el comienzo bajo la cama de Mireille. Me sentí muy decepcionado al releerla. No había ganado con el tiempo, mi romanza. Tras años de olvido, la obra de imaginación es una simple fiesta anticuada… En fin, Gustin siempre me daría una opinión libre y sincera. Preparé el terreno enseguida.

«Gustin», le dije, «tú no siempre has sido tan gilipollas como ahora, embrutecido por las circunstancias, el oficio, la priva, las sumisiones más funestas… ¿Puedes aún, por un momentito, recuperarte para la poesía? ¿Dar un saltito con el corazón y la pilila hasta el relato de

una epopeya, trágica, desde luego, pero noble, fulgurante…? ¿Te consideras capaz…?».

Seguía ahí, Gustin, adormilado sobre su taburete, ante las muestras, el armario abierto de par en par… Ya no decía ni pío…, no quería interrumpirme…

«Se trata», lo informé, «de Gwendor el Magnífico, príncipe de Cristiania… Llegamos… Agoniza… en el momento mismo en que te hablo… La sangre se le escapa por veinte heridas… El ejército de Gwendor acaba de sufrir una derrota terrible… El rey Krogold en persona ha descubierto en plena refriega a Gwendor… Lo ha atravesado de una estocada… No es perezoso, Krogold… Hace justicia con sus propias manos… Gwendor ha traicionado… La muerte se acerca a Gwendor y va a terminar su tarea… ¡Escucha, hombre!

»El tumulto del combate cede con las últimas luces del día… A lo lejos desaparecen los últimos guardias del rey Krogold… En la sombra se elevan los estertores de la inmensa agonía de un ejército… Vencedores y vencidos entregan el alma como pueden… El silencio sofoca sucesivamente gritos y estertores, cada vez más quedos, más raros…

»Aplastado bajo un montón de sus seguidores, Gwendor el Magnífico sigue perdiendo sangre… Al amanecer tiene la muerte delante.

»–¿Has comprendido, Gwendor?

»–¡He comprendido, Muerte! He comprendido desde el comienzo de este día… He sentido en mi corazón, en mi brazo también, en los ojos de mis amigos, en el propio paso de mi caballo, un hechizo triste y lento semejante al sueño… Mi estrella se apagaba entre tus heladas manos… ¡Todo ha empezado a escapar! ¡Oh, Muerte! ¡Terribles remordimientos! ¡Mi vergüenza es inmensa!… ¡Mira esos pobres cuerpos!… ¡Una eternidad de silencio no puede aliviarlo!…

»–¡No hay alivio alguno en este mundo, Gwendor! ¡Sólo leyenda! ¡Todos los reinos acaban en un sueño!…

»–¡Oh, Muerte! Devuélveme un poco de tiempo… ¡Un día o dos! Quiero saber quién me ha traicionado…

»–Todo traiciona, Gwendor… Las pasiones no pertenecen a nadie, el amor, sobre todo, no es sino flor de vida en el jardín de la juventud.

»Y la muerte se apodera despacito del príncipe… Éste ya no se defiende… Ha perdido el peso… Y, además, un bello sueño embarga su alma… El sueño que tenía con frecuencia, cuando era pequeño, en su cuna de piel, en la Cámara de los Herederos, junto a su nodriza la Morava, en el castillo del Rey René…».

A Gustin le colgaban las manos entre las rodillas…

«¿No es hermoso?», le pregunté.

Recelaba. No quería rejuvenecer demasiado. Se defendía. Me pidió que le explicara todo de nuevo… Esto… y lo otro… No es tan fácil… Es frágil como una mariposa. Por una cosita de nada, se deshace, te ensucia. ¿Qué ganas con eso? No insistí.

Para ligar bien mi Leyenda, habría podido documentarme con personas sensibles…, versadas en sentimientos…, en las innumerables variaciones de los estilos amorosos…

Prefiero arreglármelas solo.

Con frecuencia, las personas sensibles son incapaces de gozar. Es cuestión de azotes. Cosas así no se perdonan, pero voy a describiros el castillo del rey Krogold:

«… Un monstruo tremendo en pleno bosque, abrumadora mole oculta, cortada en la roca…, llena de zahúrdas, credencias recargadas con frisos y resaltos…, torretas… Desde lejos, desde el mar, allá…, las cimas del bosque llegan ondulando hasta las primeras murallas…

»El vigía a quien el miedo a la horca hace desorbitar los ojos… Más arriba… En lo más alto… En la cima de Morehande, la Torre del Tesoro, el gonfalón flamea en la borrasca… Ostenta las armas reales. ¡Una serpiente partida en banda, sangrando por el cuello! ¡Ay de los traidores! ¡Gwendor expía!…».

Gustin ya es que no podía más. Se adormilaba… Sobaba incluso. Fui a cerrar su armario. Le dije: «¡Vámonos! ¡Ven a dar un paseo por el Sena!… Te sentará bien…». Prefería no moverse… Por fin, ante mi insistencia, se decidió. Le propuse un cafelito al otro lado de la Île aux Chiens… Allí, a pesar del café, volvió a dormirse. Se estaba bien allí, desde luego, a las cuatro, la hora del ensueño en las tascas… Había tres flores artificiales en el jarrón de estaño. Todo estaba muerto en el muelle. Hasta el viejo borracho de la barra se resignaba a que la

patrona no le hiciera ya caso. Lo dejé tranquilo, a Gustin. El próximo remolcador lo despertaría, seguro. El gato se había alejado de la purí para ir a afilarse las uñas.

Como tenía las manos vueltas, Gustin, mientras sobaba, era fácil leerle el porvenir. El carácter y la vida entera de un hombre están inscritos en las palmas. En Gustin, la línea de la vida era la más marcada. En mí, más que nada la de la suerte y el destino. No me sonríe en cuanto a duración de la existencia… Me pregunto para cuándo será. Tengo un surco en la parte baja del pulgar… ¿Será una arteriola que estalle en el encéfalo? ¿O en la circunvolución central?… ¿En el recoveco de la «tercera»?… En el depósito de cadáveres observé muchas veces con Metitpois ese punto… Es de lo más minúsculo un ictus… Un cratercito tamaño alfiler en el gris de los surcos… Consume el alma, el fenol y todo. Tal vez sea, ay, un «neo» fungoso del recto… Preferiría con mucho la arteriola… ¡Salud, chicos!… Con Metitpois, maestro de verdad, pasé muchos domingos escudriñando así los surcos… las formas de morir… Era la pasión de ese pureta… Quería hacerse una idea. Personalmente, deseaba una inundación chachi de los dos ventrículos a la vez, cuando le llegara la hora… ¡Estaba cargado de honores!

«Las muertes más exquisitas, fíjese bien, Ferdinand, son las que nos alcanzan en los tejidos más sensibles…». Era afectado en el habla, refinado, sutil, Metitpois, como los hombres de la época de Charcot. No le sirvió de gran cosa estudiar la circunvolución, «la tercera» y el núcleo gris… Murió del corazón, por fin, en condiciones nada chachis…; de una tremenda angina de pecho, un ataque que duró veinte minutos. Resistió, desde luego, ciento veinte segundos con todos sus recuerdos clásicos, sus resoluciones, el ejemplo de César…, pero durante dieciocho minutos gritó a voz en cuello… Que si le arrancaban el diafragma, todas las tripas vivas… Que si le pasaban diez mil cuchillas por la aorta… Intentaba vomitárnoslas… No era cuento. Se arrastraba para eso en el salón… Se aplastaba el pecho… Bramaba sobre la alfombra… Pese a la morfina. Resonaba por todos los pisos y en la calle… Acabó bajo el piano. Las arteriolas del miocardio, cuando estallan una por una, forman un arpa extraordinaria… Es una pena

que nadie vuelva de la angina de pecho. Habría sabiduría y genio para todo el mundo.

Debíamos dejar de meditar, pronto iba a ser la hora de los venéreos. Era en La Pourneuve, al otro lado de La Garenne. Lo hacíamos los dos. Tal como yo había previsto, un remolcador tocó la sirena. Era el momento de pirarse. El sistema de los venéreos era ingenioso. Los de purgaciones y los de sífilis, en espera de las inyecciones, hacían amistad. Al principio, cohibidos; después, con gusto. Cerca del matadero, al final de la calle, iban rápido a unirse en cuanto caía la noche en invierno. Tienen siempre mucha prisa, esa clase de enfermos, temen no volver a tener una erección curiosita. La tía Vitruve, al venir a verme, había advertido todo eso… Se ponen muy melancólicos, los jovencitos, con sus primeras purgaciones, les afectan muchísimo. Ella iba a esperar a la salida… Se los ganaba con zalamerías…, con solicitud conmovedora… «Te escuece de lo lindo, ¿eh, chaval?… Sé lo que son… Las he curado… Conozco una tisana asombrosa… Ven a casa y te haré una…». Dos o tres cafés con leche más y el chico le daba su savia. Una noche hubo escándalo junto a la tapia, un mojamé con chuzo como de asno tenía ensartado por el culo a un aprendiz de pastelero, por el placer, junto a la garita del guardia. El gurí, acostumbrado a la función, primero escuchó todo, los murmullos, los quejidos y luego los alaridos… El chaval era presa de convulsiones, había cuatro sujetándolo… Pero aun así se lanzó al chiscón del purili, para que lo protegieran de esos desgraciados. El otro entonces cerró la burda. «¡Lo remató! ¡Así mismo!», decía segura la Vitruve al comentarlo.

«¡Lo vi yo, al gurí, por la persiana! ¡Le daban al asunto con ganas los dos! ¡Tal para cual!…».

No creía en los sentimientos. Pensaba mal y acertaba. Para ir a La Pourneuve debíamos tomar el autobús, «¡Por cinco minutos más o menos!», me decía Gustin. No tenía la menor prisa. Nos sentamos en la parada, a cubierto, la que está delante de la rampa del puente.

En esa orilla, en el 18, fue donde mis padres no vendieron ni una escoba durante el invierno del 92, hace la tira.

Era una tienda de «Modas, flores y plumas». Había en total, de modelos, tres simples sombreros, en un solo escaparate, me lo habían

contado muchas veces. El Sena se heló aquel año. Yo nací en mayo. Soy la primavera en persona. Sea el destino o no, acabas hasta los huevos de envejecer, de ver cambiar las cosas, los números, los tranvías y los peinados, al paso de la vida. Falda corta o gorro hendido, pan duro, barcos de ruedas, todo por los aires, ¡qué más da! Te hacen despilfarrar la simpatía. Yo no quiero cambiar más. Tengo muchas cosas de que quejarme, pero estoy unido a ellas, soy un desastre y me adoro tanto como apesta el Sena. Quien cambie el farol curvado de la esquina junto al número 12 me dará un buen disgusto. Somos temporales, no hay duda, pero ya hemos temporizado de lo lindo.

Ahí están las gabarras… Tienen todas un corazón ahora. Late con fuerza y huraño que para qué en el negro eco de los arcos. Basta. Me estoy dispersando. No voy a quejarme más, pero a ver si no se me juntan más. Si las cosas se nos llevaran consigo, con lo frágiles que son, moriríamos de poesía. Sería cómodo, en cierto sentido. Gustin, tocante a seducciones y encantos ínfimos, era de mi opinión, sólo que para el olvido confiaba más que nada en la bebida. En fin… En sus bigotes de estilo galo se le quedaba siempre algo de priva y penas…

Con los venéreos, nuestro sistema consistía en trazar rayas, en un gran cuadro, paso a paso… Con eso bastaba. Una raya roja: Novars… Verde: ¡mercurio!… ¡Y hale! La rutina se encargaba del resto… bien contenta… Sólo quedaba mecharle al andoba el culo o los pliegues del brazo con el mejunje… Con eso quedaba untado bien, como con mantequilla… ¡Verde!… ¡Brazo!… ¡Amarillo!… ¡Culo!… Rojo… ¡Dos carrillos!… ¡Largo, culara! Y otro culo. ¡Bismuto! ¡Cochina! ¡Azul! Poder mear, ¡qué potra! ¡Cabrito!… ¡Arriba el pantalón!… ¡Andando!… Un ritmo constante. Purrela y más purrela… Filas interminables… ¡Mingas! ¡Pichas hechas polvo! ¡Pililas goteando! ¡Supurantes! ¡Purulentas! ¡Ropa basta y almidonada, cartón piedra! ¡Purgaciones! ¡Andares torcidos! ¡Reinas del mundo! ¡Su trono, el asunto! ¡Caliente en invierno como en verano!…

¡Fríos los pobres chorras desconfiados! ¡Y después se transmitían recetas de gilipuertas para quilar aún mejor! ¡Más!… Que Julienne no se enterara… No volver… ¡Mentimos!… Gritando de placer… Uretra llena, ¡cuchillas! ¡Nabo todo rajado! ¡Cimbel en la boca! ¡Saca la raja!

Ahí va el «historial 34», el empleado de gafas negras, el tímido, el pirilla, va a pescarlas a propósito, sus purgaciones, cada seis meses, *en cour d'Amsterdam*, para mejor expiar por la verga… Mea sus cuchillas en las zorrupias de los anuncios por palabras… ¡Es su oración!, como él dice… ¡Es un microbio enorme, el «34»! ¡Lo ha escrito en nuestro retrete!: «Soy el terror de los chochos… He dado por culo a mi hermana mayor… ¡Me he casado doce veces!». Es un cliente muy puntual, silencioso y modosito, y siempre contento de volver.

Así nos ganamos el cocido; no te deja tan baldado como terraplenar las vías del tren.

Al llegar a La Pourneuve, me dijo a Si Gustin: «Oye, Ferdinand, antes… mientras yo dormitaba, no me vayas a decir que no… me has leído las líneas de la mano… ¿Y qué has visto?».

Bien sabía yo lo que le preocupaba, desde hacía mucho, el hígado, su punto sensible, y, además, pesadillas horribles… Se iba fabricando su cirrosis…

Muchas mañanas lo oía vomitar en la pila… Lo tranquilicé, de nada servía meterle miedo. El mal estaba hecho. Lo principal era que conservara los currelos.

En la Jonction, lo había conseguido enseguida, su puesto en la beneficencia. Al acabar los estudios, gracias a un aborto curiosito, es la pura verdad, que hizo a la amiguita de un concejal muy conservador de entonces… Acababa de establecerse, Gustin, al lado, boqueras. Le había salido chipén, aún no le temblaba la mano. La vez siguiente, a la mujer del alcalde. ¡Otro éxito…! En agradecimiento lo nombraron médico de los pobres.

Al principio, había gustado mucho, y a todo el mundo, en sus funciones.Y después, en un momento dado, dejó de gustar… Se hartaron de su jeta y sus modales… No lo tragaban más, conque le hicieron de todo… A ver quién le hacía rabiar más. Se lo pasaron bomba quedándose con él; lo acusaban de cualquier cosa, llevar las manos sucias, columpiarse con las dosis, no conocer los venenos… Que si le rugía el aliento… Que si llevaba botines… Cuando lo habían jorobado tanto, que le daba vergüenza incluso salir, y le habían repetido la tira de veces que podían darle el lique como si tal cosa, entonces

cambiaron de idea, empezaron a tolerarlo otra vez, sin motivo, salvo que se habían cansado de considerarlo tan feo y calzonazos…

Toda la mala hostia, la envidia, la rabia de un barrio había caído sobre su jeta. Había tenido que tragar toda la acerba mala leche de los chupatintas de su propio consultorio. La acidez al despertar de los 14 000 alcohólicos del barrio, las pituitas, las retenciones extenuantes de las 6422 blenorragias que no conseguía atajar, las convulsiones ováricas de las 4376 menopausias, la angustia preguntona de 2266 hipertensos, el desprecio inconciliable de 722 biliosos con jaqueca, la obsesión recelosa de los 47 portadores de tenias, más las 352 madres de niños con ascárides, la horda confusa, la gran turba de los masoquistas de toda manía. Eccematosos, albuminosos, azucarados, fétidos, temblequeantes, vaginosas, inútiles, los «demasiado», los «insuficiente», los estreñidos, los chorras del remordimiento y toda la pesca, el ir y venir de asesinos, había refluido hacia su jeta, había caído en cascada ante sus binóculos desde hacía treinta años, mañana y tarde.

En la Jonction, vivía en plena cochambre, justo encima de los rayos X. Tenía allí su piso de tres habitaciones, un edificio de sillares, no de ladrillo como ahora. Para defenderse contra la vida, harían falta diques diez veces más altos que en Panamá y pequeñas esclusas invisibles. Habitaba allí desde la Exposición, la grande, desde los felices tiempos de Argenteuil.

Ahora había grandes *buildings* en torno al establecimiento.

De vez en cuando buscaba aún, Gustin, una pequeña distracción… Mandaba subir a una monina, pero no demasiado a menudo. Su gran pena volvía a embargarlo, en cuanto le aparecía el sentimiento. Tras el tercer encuentro… Prefería pimplar… En la acera de enfrente había una tasca, con fachada verde y concierto de banjo los domingos; era cómoda para marcarse unas patatas fritas, la chica las hacía incomparables. La priva le quemaba el estómago, a Gustin, y yo no puedo ni probarla desde que tengo los zumbidos día y noche. Me deja hecho una mierda, me da aspecto de apestado, conque a veces me ausculta, Gustin. Tampoco me dice lo que piensa. Es el único aspecto sobre el que somos discretos. Tengo mi pena, yo también, la verdad. Conoce mi caso, intenta animarme: «Anda, Ferdinand, léeme-

la, ¡que te la escucho, hombre, tu historia! Ahora, ¡que no leas demasiado rápido! No gesticules. Te cansas y a mí me marea…».

«El rey Krogold, sus caballeros, sus pajes, su hermano el arzobispo, el clero del campamento, toda la corte, fueron tras la batalla a desplomarse bajo la tienda, en medio del vivaque. La pesada media luna de oro, regalo del califa, había desaparecido en el momento del reposo… Coronaba el palio real. El capitán del convoy, el responsable, fue azotado como una estera. El rey se tumbó, quería dormirse… Sufría aún de sus heridas. Estaba desvelado. El sueño se negaba a acudir… Insultó a los que roncaban. Se levantó. Pasó por encima de los cuerpos, pisó manos, salió… Fuera hacía tanto frío que se estremeció. Cojeaba; aun así, avanzó. La larga fila de carros rodeaba el campamento. Los guardias se habían dormido. Krogold costeó los grandes fosos de defensa… Iba hablando en voz alta y tropezó, estuvo a punto de caer. En el fondo del foso brilló algo, una hoja enorme que lanzaba destellos… Un hombre sostenía el objeto reluciente en sus brazos. Krogold se lanzó sobre él, lo derribó, lo maniató; era un soldado, lo degolló con su propia espada corta, como a un cerdo… "¡Glu, glu!", gorgoteaba el ladrón por su agujero. Soltó todo. Era el fin. El rey se agachó, recogió la media luna del califa. Volvió a subir hasta el borde del foso. Se quedó dormido ahí entre la bruma… El ladrón había recibido su castigo».

⋆ ⋆ ⋆

Por aquella época se produjo la crisis, por muy poquito no me dieron el lique en el dispensario. Por los cotilleos otra vez.

Fue Lucie Keriben, que tenía una tienda de modista, en el Boulevard Moncontour, quien me avisó. Veía a cantidad de gente. Se cotilleaba mucho en su tienda. Me comunicó chismes muy chungos. Con esa mala leche, tenían que ser de Mireille… No me equivoqué… Puras calumnias, claro está. Decía que yo había organizado orgías con clientas del barrio. Barbaridades, en una palabra… Lucie Keriben, a la chita callando, se alegraba bastante de que fuera un poco de ala yo… Tenía envidia.

Conque esperé a que regresara la Mireille, me apalanqué en el Impasse Viviane; por fuerza había de pasar por allí. Yo no ganaba aún bastante para dedicarme a escribir… Podía meterme hasta el cuello en la miseria otra vez. No me sentía con ánimos. La vi venir…, pasó por delante. Le envié tal viaje en el bul que salió volando de la acera. Me entendió en el acto, pero no por ello habló. Quería ver primero a su tía. No quería confesar, la muy puta. Nada de nada.

Lo hacía, lo de difundir trolas, era para meterme miedo… Conque el día siguiente me apresuré a complacerlas. La brutalidad no servía, sobre todo con Mireille, se volvía aún más bicho. Quería casarse, conmigo o con cualquier otro. Estaba hasta el moño de las fábricas. A los dieciséis años ya había pasado siete en el suburbio del oeste.

«¡Se acabó!», anunciaba. En Happy Suce, la fábrica de caramelos ingleses, había sorprendido al director en el momento en que un aprendiz se la mamaba. ¡Menuda, aquella fábrica! Durante seis meses tiró todas las ratas muertas a la gran tina de las garrapiñadas. En Saint-Ouen, una encargada se la había llevado a vivir con ella, le daba buenas tundas en los retretes. Se habían dado el piro juntas.

El capital y sus leyes los había comprendido, Mireille… Antes aún de tener la regla. En las colonias de Marty-sur-Oise había pajillería, aire puro y discursos hermosos. Ella se había desarrollado muy bien. En la fiesta anual de los Fédérés hacía los honores al patronato; era ella la que blandía a Lenin, en lo alto de una vara, de La Courtine al Père-Lachaise. La bofia no daba crédito a sus ojos, ¡al ver a semejante chulángana! ¡Pero con unas pantorrillas tan espléndidas que se llevaba de calle a la gente cantando, empalmada, la Internacional!

Los macarrillas de baile o los que frecuentaba no se daban cuenta de lo que tenían en las manos. Era menor, recelaba de la pasma. De momento, seguía a Robert, Gégèné y Gaston, pero se iban a ganar, esos chavales, desgracias de verdad. Ella iba a ser su mina.

De la Vitruve y su sobrina, podía esperarme yo cualquier cosa; la vieja, sobre todo, sabía demasiado como para no utilizarlo un día.

Yo la moderaba con el parné, pero la chavala quería más, quería todo. Si la trataba con ternura, le parecía sospechoso. Me la voy a llevar al Bois, fui y me dije. Me guarda rencor. Tengo que hacer algo

para interesarle. En el Bois tenía pensado contarle una historia bonita, halagarle la vanidad.

«Pregunta a tu tía», le dije. «Estarás de vuelta antes de medianoche… ¡Espérame en el café Byzance!».

Conque salimos, los dos.

A partir de la Porte Dauphine, ya se sentía más contenta. Le gustaban los barrios elegantes. En el Hôtel Méridien lo que la horrorizaba eran las chinches. Cuando tenía un ligue y debía quitarse la blusa, las marcas le daban vergüenza. Sabían todos que eran picaduras de chinche… Conocían todos los líquidos y desinfectantes para fumigar… El sueño de Mireille era una queli sin churráis… Si se hubiera dado el piro entonces, su tía la habría mandado trincar. Contaba con ella para la jalandria, pero yo sabía que tenía un chulín que pretendía lo mismo, el Bébert de Val-de-Grace. Acabó dándole a la «nieve». Leía el Viaje, ése…

Al acercarnos a la cascada, comencé con las confidencias…

«Sé que tienes un empleado de Correos al que le va la marcha que para qué…».

Estaba demasiado contenta entonces como para no ponerse zalamera o no soltar la lengua. Me contó todo, pero, al llegar al Catelan, ya no se atrevía a seguir, la oscuridad le daba miedo. Creía que la llevaba al bosque para canearla. Me tentaba el bolsillo para ver si llevaba una pistola. Yo no llevaba nada. Me palpaba el pito. Como pasaban coches, le propuse ir a la isla, que estaríamos mejor para charlar. Era un bicho, le costaba mucho gozar y el peligro la fascinaba. Los que remaban cerca de la orilla se perdían, se enredaban siempre con las ramas, soltaban tacos, volcaban y destrozaban sus farolillos.

«¡Escucha los patos ahogándose en la orina del agua!».

«¡Mireille!», le dije, una vez instalados así. «Sé que te van las trolas… La verdad no te quita el sueño…».

«Mira, chico», respondió, «¡si tuviera que repetir sólo la cuarta parte de lo que oigo!…».

«¡Vale!», la interrumpí… «Me inspiras indulgencia y debilidad incluso… No es por tu cuerpo… ni por tu cara, con esa nariz… Es la imaginación lo que me atrae de ti… ¡Soy *voyeur*! Cuéntame histo-